

Política y demoscopia

Los sondeos y las elecciones generales de 1996

JUAN JESÚS GONZÁLEZ

UNED

Me propongo hacer un análisis de las elecciones generales de 1996, con el fin de aportar alguna luz sobre aspectos que, pese al tiempo transcurrido, siguen estando en penumbra. Una correcta interpretación de aquellos resultados requiere, a mi juicio, un análisis en dos tiempos: conviene comenzar explicando por qué el gobierno socialista tenía las elecciones perdidas mucho antes de iniciarse el proceso electoral. En segundo lugar, trataré de explicar por qué, pese a ello, estuvo a punto de ganarlas de nuevo.

Creo que los problemas, primero, para predecir y, más tarde, para entender los resultados de 1996 radicarón justamente en que buena parte de los analistas políticos y los expertos en demoscopia no llegaron a tener una adecuada comprensión de la primera de las cuestiones que acabo de plantear. Simplificando las cosas, podemos comenzar diciendo que unos y otros dieron por supuesto que el Partido Popular tenía las elecciones ganadas, cuando en realidad sería más correcto decir que el gobierno socialista parecía incapaz de mantener los apoyos electorales con que había contado hasta entonces. Este planteamiento puede parecer trivial, pero la competición electoral no es un juego de suma cero y, por tanto, una cosa es que el partido en el gobierno tenga dificultades para mantener sus apoyos y otra distinta es que la oposición pueda dar las elecciones por ganadas, tal como hizo el Partido Popular.

Otra de las ideas que quiero defender es que nunca las predicciones electorales habían tenido tanta influencia en el resultado de unas elecciones como en este caso. En la medida en que la sociedad se hace más reflexiva y los pronósticos influyen en la decisión electoral de sectores sociales cada vez más amplios, los ejercicios de predicción se enfrentan a dos tipos de problemas: por un lado, los problemas técnicos derivados del tratamiento de la información bruta. Por

otro, los derivados del impacto de su propia publicación sobre la opinión pública, el cual influye y modifica el comportamiento que es objeto de predicción.

Trataré de explicar que los errores de predicción registrados en las últimas elecciones son resultado de la confluencia de ambos tipos de problemas. No se trata sólo, por tanto, de problemas que, de manera más o menos justificada, puedan achacarse a las dificultades técnicas propias de la estimación electoral, sino también de supuestos erróneos acerca de la influencia de la publicación de los sondeos sobre la intención de voto.

Aún así, no queda agotada la explicación de lo ocurrido, pues conviene comprender no sólo las razones por las que los institutos de opinión hicieron pronósticos tan alejados de los resultados, sino también por qué se les dio tanto crédito en los medios más influyentes de la opinión pública.

SOBRE EL DECLIVE ELECTORAL DEL PSOE: ¿CANTIDAD O CALIDAD?

Uno de los datos clave de la evolución electoral durante la última década ha sido la estabilidad del electorado socialista, en términos cuantitativos: 8,9 millones de votos en 1986 (44% del total); 8,1 millones en 1989 (39,6%); 9,1 en 1993 (38,8%); y 9,3 en 1996 (37,5%). Esto ha sido compatible, sin embargo, con cambios significativos en el perfil del electorado socialista, de tal forma que las salidas de voto más bien joven y urbano han sido compensadas por entradas de perfil más bien viejo y rural.

Puesto que la cantidad de votos se ha mantenido estable a lo largo de este tiempo, los analistas suelen recurrir a explicaciones que suponen alguna forma de deterioro o degradación en la calidad. Así, por ejemplo, Pérez Díaz se apoya en la idea de *voto deferente*, que se define por oposición al *voto cívico*, es decir, al voto característico de electores maduros y exigentes con el funcionamiento democrático, tal como podemos encontrarlo entre las nuevas clases medias y sectores juveniles urbanos, con un alto nivel de formación e información. Por contraste, el *voto deferente* entraña un comportamiento electoral acrítico y complaciente, cuando no indulgente, con el poder establecido, sea cual sea su signo político.

Desde esta perspectiva, los resultados del 3-M serían, en parte, consecuencia de hábitos de deferencia política arraigados entre sectores populares, sobre todo rurales, en virtud de los cuales estos sectores apoyaron primero a la UCD y, más recientemente, al PSOE (Pérez Díaz, 1996: 169¹).

¹ Pérez Díaz cita un estudio de Raúl de la Cruz que examina la evolución del voto rural entre 1977 y 1989, según el cual «aquellas provincias con peores sistemas de comunicación y por tanto más aisladas votaron invariablemente por el poder». Más concretamente, «las provincias más agrícolas y peor comunicadas fueron las que proporcionaron la victoria a (UCD)», si bien «la agricultura se ha modernizado en tal grado que ha perdido su carácter como determinante de la ruralidad, (con lo que) el subdesarrollo en las comunicaciones se convierte de este modo en el factor determinante» del apoyo prestado en los años 80 al PSOE. Esta pauta de comportamiento sólo se explica por el miedo, el aislamiento o la ignorancia (sic) (De la Cruz 1995). Ninguna consideración, por tanto, hacia las políticas aplicadas en los últimos tiempos ni a los efectos que hayan podido tener en el bienestar de los pueblos.

En un artículo anterior he tratado de interpretar el período que va de mediados de los años ochenta a mediados de los noventa en términos de ciclo electoral (González, 1996). Los diversos comicios celebrados en 1994 y 1995 marcaron no sólo el final de un largo período de hegemonía socialista, sino también de una larga metamorfosis del electorado socialista. Durante este período, el perfil de este electorado pasó de ser más bien urbano, joven e ilustrado a ser más bien rural, viejo y de bajo nivel educativo, de tal suerte que, si bien el PSOE consiguió mantener un volumen parecido de votos, está claro que buena parte de los votantes no eran los mismos.

Ya en las elecciones generales de 1986 se había detectado la retirada de algunos sectores de nuevas clases medias, con la consiguiente erosión de lo que se llamaba entonces el *bloque social de progreso* (Leguina, 1986), pero el perfil del electorado socialista de la segunda mitad de los ochenta seguía correspondiéndose con un perfil socialdemócrata más o menos *típico*, según el cual el ámbito de implantación preferente del PSOE estaba localizado entre las clases trabajadoras manuales.

Desde entonces se produjo un cambio sustancial en dos tiempos. En la segunda mitad de los ochenta, la base electoral del PSOE sufrió un proceso de *proletarización*, según el cual, además de agudizarse el rechazo de las nuevas clases medias, comenzó a erosionarse la base obrera tradicional y, en particular, los sectores de mayor nivel de cualificación y mayor estabilidad laboral, que constituyen el ámbito de influencia de los sindicatos. Por contraste, el PSOE dependía cada vez más de los sectores menos cualificados y sujetos a mayor eventualidad laboral. Una situación de este tipo representaba una *alta concentración de riesgo*, pues, por tratarse de sectores sociales muy vulnerables, cualquier cambio en la situación económica y/o cualquier inadecuación en las políticas encargadas de atender estos sectores podía acarrear graves consecuencias electorales.

Y así ocurrió, en efecto, en el bienio 1993-94, como consecuencia de la combinación de una situación de recesión económica (que supuso una pérdida de un millón de empleos asalariados), una caída de los niveles de protección social (y, en particular, de la cobertura de desempleo) y de medidas de reforma laboral que, independientemente de sus efectos saludables en el medio y largo plazo, implican indudables costes sociales y laborales de forma inmediata. Esta combinación, ya de por sí inquietante, de factores económicos, laborales y sociales, se hizo políticamente explosiva con los escándalos que agitaron la opinión pública durante la primavera de 1994.

A resultas de todo ello, se produjo no sólo el vuelco electoral de las europeas de 1994, sino, lo que es más significativo, un nuevo desplazamiento del centro de gravedad del electorado socialista, esta vez hacia sectores de jubilados y amas de casa, como consecuencia de la retirada de apoyo electoral por parte de aquellos sectores que, al final de los años ochenta, habían concentrado su apoyo en el PSOE.

Según este argumento, la inseguridad social y laboral de los últimos años puso en apuros una buena parte de la base electoral del PSOE a principios de los noventa. Esto explica, al menos en parte, lo que ocurrió en las elecciones europeas de

1994, cuando los sectores más proletarizados de los trabajadores optaron por retirar su apoyo (ya fuera cambiando de partido, ya fuera absteniéndose), de tal suerte que, además del impacto que con carácter más o menos general pudieran tener aquellos escándalos, es preciso contabilizar el efecto específico de esta retirada (González, 1996).

Así las cosas, los apoyos preferentes del PSOE terminaron por desplazarse hacia sectores de jubilados y amas de casa, para quienes los efectos de la operación redistributiva de finales de los ochenta han sido mucho menos coyunturales (pensiones, ampliación de la cobertura sanitaria, mejora de la escolaridad, etc.).

Este deslizamiento electoral terminó llevando al PSOE a una contradicción entre su estrategia política y el perfil de su base electoral, contradicción que, llevada a sus últimas consecuencias, parecía obligarle a elegir entre mantener las exigencias de austeridad y rigor presupuestario derivadas del programa de convergencia, en cuyo caso convenía recuperar apoyos sociales con los que ya no contaba (no, al menos, en la medida suficiente), o asegurar los apoyos disponibles, para lo que resultaba preferible una estrategia económica menos rigurosa.

De cara a unas elecciones generales, el problema consistía en que, de hacer esto último y orientarse hacia una política más expansiva, el PSOE podía competir en mejores condiciones con Izquierda Unida y ampliar su electorado por la izquierda, pero dejaba así demasiado margen de maniobra al Partido Popular para ocupar el centro. En tanto que, de hacer lo contrario, podía impedir esto último a riesgo de una mayor competencia por parte de IU.

Éstos eran, a mi juicio, los principales condicionantes de la actuación del PSOE a la hora de recuperar los apoyos electorales perdidos en los comicios de 1994 y 1995. De lo cual no cabía deducir que la victoria del PP en unas elecciones generales estuviera asegurada, por más que las circunstancias políticas en que se desarrolló la pasada legislatura parecieran propicias a ello. Bien al contrario, lo que está por explicar son justamente las razones por las que el PSOE estuvo a punto de ganar las elecciones por quinta vez consecutiva. No parece, por lo pronto, que se haya debido a factores tales como la estrategia electoral y, si así fuera, creo que habrían influido mucho más los errores de los contrarios (tanto del PP como de IU) que los aciertos propios.

Lo cual no quiere decir que la estrategia de campaña sea superflua a la hora de explicar los resultados, pues si bien es cierto que la campaña en sentido estricto estaba muy devaluada por el clima de campaña permanente vivido a lo largo de la legislatura, hay que reconocer también que las respectivas estrategias partidistas tuvieron una virtud fundamental: consolidar las expectativas previas acerca del resultado. Dado el tipo de campaña elegido tanto por el Partido Popular (como si las elecciones estuvieran ya ganadas), como por el PSOE, en su papel de *challenger* agresivo y ruidoso, la opinión pública se confirmó en la idea de que la suerte estaba echada y los papeles de gobierno y oposición estaban cambiados.

En lo que sigue, propongo una explicación de los resultados del 3-M que se apoya en la idea de *voto estratégico*. A diferencia del *voto ideológico* (que obedece a criterios de identificación, simpatía o proximidad política), la idea de voto estratégico suele referirse a comportamientos con un marcado componente pragmático, ya sea como voto útil, ya como voto que obedece a criterios de oportunidad política, pero que, en cualquier caso, entraña algún tipo de conflicto entre posición ideológica y decisión electoral.

En este caso, utilizo el término en un sentido muy preciso: me refiero al voto que se decide en función del escenario más deseable en términos de la correlación de fuerzas entre los principales partidos. Este comportamiento puede ser decisivo desde el momento en que una parte del electorado ha comenzado a rechazar situaciones de mayoría absoluta parlamentaria, con relativa independencia de quién sea el partido beneficiario. En los meses anteriores al 3-M, la proporción de electores que se mostraban partidarios de mayorías relativas representaba en torno a un tercio de los votantes potenciales del PP y del PSOE.

Más concretamente, 2 de cada 10 electores potenciales del PP y uno de cada 10 de Izquierda Unida se mostraban partidarios de una victoria del PP por mayoría relativa: es decir, dentro de ciertos límites. En tales casos, la decisión electoral final estaba condicionada por la expectativa acerca del escenario más probable, de tal suerte que los sondeos preelectorales encontraban un margen considerable para influir sobre los resultados, aún con independencia de su voluntad.

LA PREDICCIÓN (I): PROBLEMAS TÉCNICOS

Llegados a este punto, la cuestión es doble: pues no se trata sólo de saber por qué los institutos demoscópicos presentaron unos pronósticos tan alejados de los resultados, sino también por qué se les dió tanto crédito entre los sectores más influyentes de la opinión pública. Pero vayamos por partes: comenzaremos explicando que los problemas de dichos institutos eran técnicos, pero no sólo. Pues en la medida en que los criterios de estimación empleados durante los años ochenta entraron en crisis (por las razones que veremos enseguida), quedaron progresivamente reemplazados por cuestiones derivadas del clima de opinión predominante entre los círculos de analistas y comentaristas acerca de la situación política, así como del desenlace electoral más probable.

Desde el punto de vista técnico, la situación previa al 3-M reúne algunos ingredientes de lo que, en sociología de la ciencia, se conoce como cambio de paradigma. El origen de esta situación se remonta a los años ochenta, cuando la desaparición de UCD provocó una anomalía en el sistema de partidos, en virtud de la cual una parte del antiguo electorado centrista, reticente a apoyar la Alianza Popular de Manuel Fraga, ocultaba su intención de voto en los sondeos, dando lugar a una infraestimación sistemática del electorado de AP. Con el fin de corregir esta anomalía, los expertos recurrieron durante mucho tiempo a diversos procedimientos estimativos vulgarmente conocidos como la

cocina demoscópica, siendo el más común la ponderación de los datos brutos según los resultados realmente registrados en unas elecciones anteriores².

Lo que asemeja esta situación a una situación de cambio de paradigma es el hecho de que, a fuerza de recurrir a este tipo de procedimientos, los expertos electorales acabaron por asumir como *normal* lo que no era sino una anomalía más o menos temporal. En efecto, así fue en cuanto el PP empezó a cosechar sus primeros triunfos electorales y el sistema de partidos comenzó a recuperar un alto nivel de competición electoral, en la primera mitad de los noventa. A partir de ese momento, aquellos procedimientos comenzaron a producir un efecto de infraestimación del electorado socialista. Pero, atrapados por el viejo *paradigma*, los expertos acabaron *ignorando* los llamados datos *brutos* hasta el punto de eludir su publicación y de suplantarlos por estimaciones.

Esto dio lugar a situaciones paradójicas, como la que se produjo con motivo de las elecciones municipales de 1995, cuando la macroencuesta de Demoscopia aparecida el domingo 21 de mayo en el diario *El País* anunciaba una victoria del PP por 9 puntos de diferencia respecto al PSOE, que, como se recordará, quedó reducida a la mitad el día de las elecciones (28-5-95). Cualquier lector que se hubiera tomado la molestia de hacer una estimación mediante el simple procedimiento de extrapolar los datos *brutos* (descontando el NS/NC) se hubiera percatado que la mejor estimación consistía en... ¡no hacer estimación! Es decir, en confiar en los datos originales, tal como habían sido recogidos por la encuesta.

La tabla 1 presenta la comparación entre los datos brutos recogidos por la macroencuesta de Demoscopia, la intención que se deduce directamente de ellos (*extrapolación*), la estimación presentada por Demoscopia y los resultados realmente registrados en las elecciones municipales del 28 de mayo de 1995. Como se puede observar, la *extrapolación* arroja unos datos idénticos a los registrados el día de las elecciones tanto para el PP como para el PSOE (la diferencia es de 2 décimas para el primero y de 4 para el segundo) y solamente se produce una desviación significativa en el caso de Izquierda Unida, en cuyo caso el voto queda sobreestimado por la encuesta³. Por contraste, el procedimiento de estimación convertía una diferencia entre los dos principales partidos de 4,5 puntos, según la encuesta, en una diferencia de 9.

Pese a tan llamativa evidencia, los expertos no parecieron reparar en ella y, si lo hicieron, no debieron quedar muy impresionados. De hecho, Demoscopia insistió en este tipo de estimaciones en los barómetros que publica trimestralmente en *El País* (el domingo 9 de julio presentaba el barómetro de verano con el titular: «El PP aventaja al PSOE en 12 puntos»), y no sería hasta fin de año, con las elecciones generales ya anunciadas, cuando modificó su procedimiento de estimación.

² Esta operación es conocida como ponderación por recuerdo, pues lo que hace es ajustar lo que los entrevistados dicen haber hecho en unas elecciones anteriores a lo que realmente ocurrió (véase Ruiz Fuentes, 1983).

³ Este es un fenómeno bien conocido que obedece al marcado componente ideológico y la gran expresividad del voto a esta coalición.

TABLA 1
Elecciones municipales de 1995: comparación entre los datos brutos (intención explícita y extrapolación), los resultados registrados y la estimación anunciada

	Intención explícita	Extrapolación	Resultados	Estimación
PP	21,8	34,9	35,1	36,9
PSOE	19,0	30,4	30,8	28,0
IU	8,4	13,4	11,7	13,3
CiU	3,1	5,0	4,6	5,3
Otros	10,2	16,3	17,8	16,5
Blanco	2,0			
Abstención	4,4			
Ns/Nc	31,1			

Fuente: *El País* (21 de mayo de 1995) y elaboración propia.

El primer problema que se plantea en un caso así es que el cambio de *paradigma* suele producirse cuando hay una alternativa probada y suficientemente convincente. Una alternativa posible, de acuerdo con los datos anteriores, era confiar en la opinión directamente manifestada por los entrevistados, pero esto hubiera sido tanto como reconocer que el mercado electoral se había convertido en un mercado como otro cualquiera, en términos de transparencia y fiabilidad⁴ (hipótesis escasamente atractiva y verosímil a los ojos de quienes se habían labrado tanta reputación en las artes de la *cocina* demoscópica).

En ausencia de un paradigma alternativo, entraron en juego otro tipo de factores y, por lo pronto, el clima de opinión predominante en los círculos de analistas y comentaristas acerca de la situación política y del desenlace electoral más probable. La valoración de la situación política no dejaba lugar a dudas, como veremos más adelante: gravísimo deterioro de la situación política con todas sus secuelas de crispación y desafección, a consecuencia, sobre todo, de la acción de gobierno. Esta valoración surgía y operaba en un entorno social de clases medias con preferencias políticas relativamente polarizadas a favor del PP e IU⁵.

Así las cosas, el clima de opinión empujó las expectativas electorales y, con ello, la prognosis en una dirección determinada. Es imposible, por tanto,

⁴ ¿Al fin y al cabo, por qué la manifestación de las preferencias políticas en una democracia consolidada tiene que estar sujeta a reglas distintas de las que rigen las preferencias en materia de consumo o estilos de vida?

⁵ Santos Juliá daría fiel reflejo de este clima en un artículo inmediatamente posterior al 3-M: «Es un vano consuelo echar la culpa a la demoscopia: casi todos los analistas nos habíamos equivocado. En las encuestas particulares que cada uno realiza entre amigos y conocidos, la cantada derrota del partido socialista resultaba todavía más abrumadora que la anunciada por los técnicos. Aquí y allá aparecía alguien que, tímidamente, reconocía que con objeto de que el triunfo de la derecha no fuera tan arrollador su voto quizá iría al PSOE. Pero votantes del PSOE por convicción, por fidelidad a un proyecto, no se encontraba a nadie a no ser que se rebuscara debajo de las piedras» (*El País*, 5-3-96).

saber en qué medida la elaboración de pronósticos estuvo influida por este clima de opinión y en qué medida lo estuvo por cálculos más o menos conscientes acerca del efecto de su publicación. Pero parece claro, al menos, que nos encontramos ante un caso de *mesocentrismo*, entendido como una variante de etnocentrismo en virtud de la cual ciertos sectores de clases medias evalúan las percepciones y expectativas de la sociedad en su conjunto por extrapolación de las que predominan en su propio entorno. Esto es crucial para entender también la otra cuestión que nos plantean las elecciones de 1996: no por qué se hicieron tales pronósticos, sino por qué se les dio tanto crédito.

Pero vayamos por partes, tratando de esclarecer, en la medida de lo posible, la verdadera magnitud de los problemas técnicos. Ya hemos visto la paradoja a que dio lugar el viejo paradigma demoscópico a la hora de pronosticar las elecciones municipales de 1995. Cualquier observador perspicaz hubiera caído en la cuenta de ello, pero Demoscopia mantuvo su criterio de estimación hasta fin de año, cuando las elecciones dejaron de ser una hipótesis para convertirse en unas elecciones a plazo fijo (otros institutos de opinión lo mantuvieron hasta el mismo día de las elecciones).

Llegado el momento de la verdad, Demoscopia modificó sus estimaciones y la manera de presentarlas. Tras la celebración de la cumbre europea y la decisión sobre la candidatura de Felipe González, el diario *El País* publicaba los resultados de un sondeo de Demoscopia con el siguiente titular: «Un 53% de los españoles cree que Aznar ganará pese a que González inspira más confianza». A continuación, este diario advertía a sus lectores de «una disonancia entre lo que los ciudadanos creen que ocurrirá y lo que desearían que ocurriera: un 36% preferiría a González como próximo presidente, frente a un 27% favorable a que lo sea Aznar». «De persistir este tipo de disonancia en los próximos meses, el resultado de las elecciones generales podría tornarse más incierto que el pronosticado hasta ahora sobre la base de encuestas» (*El País*, 20-12-95).

El comentario servía para sugerir a los lectores que, a partir de ese momento, los pronósticos iban a ser otros y, en efecto, las estimaciones publicadas por *El País* a partir de enero dejaron de anunciar diferencias de dos dígitos entre los dos principales partidos. Si comparamos las estimaciones con los datos brutos obtenidos en el sondeo preelectoral de febrero, nos encontramos con que la diferencia estimada entre PP y PSOE (9 puntos) era sensiblemente menor de la que se desprendía de los datos brutos (*extrapolación*), tal como puede verse en la tabla 2.

Es evidente que se había abandonado el antiguo procedimiento de ponderación por recuerdo, pues, de lo contrario, las diferencias estimadas hubieran sido mayores, tal como se puede comprobar en la tabla 3, que nos informa de los datos obtenidos en la macroencuesta preelectoral de mayo (referidos a unas hipotéticas elecciones generales), en la que diferencias menores en los datos brutos habían sido traducidas a diferencias mucho mayores en la estimación.

TABLA 2
Sondeo pre-electoral de febrero

	Datos brutos	Extrapolación	Estimación
PP	29,0	43,6	41,7
PSOE	20,4	30,7	32,6
IU	8,3	12,5	12,8
CiU	3,2	4,8	4,5
Otros	5,6	8,4	8,4
No votaría	3,5		
Blancos	2,2		
Ns/nc	27,8		

Fuente: *El País*, 11 de febrero de 1996.

TABLA 3
Macroencuesta pre-electoral de mayo

	Datos brutos	Extrapolación	Estimación
PP	29,5	40,0	43,0
PSOE	23,0	31,2	27,0
IU	10,8	14,7	15,0
CiU	3,4	4,6	4,7
Otros	7,0	9,5	10,3
No votaría			
Blancos	1,7		
Ns/nc	24,6		

Fuente: *El País*, 22 de mayo de 1995.

En las fechas anteriores al 3-M, algunos de los institutos de opinión más prestigiosos, como Eco-Consulting o Metra-Seis⁶, estaban obteniendo distancias más reducidas entre los dos principales partidos en términos de intención explícita (en torno a 5 puntos), pero, a diferencia de Demoscopia, seguían confiando en el antiguo procedimiento de estimación, con lo que terminaban obteniendo estimaciones similares a las de Demoscopia. Esto contribuyó a consolidar las estimaciones de unos y otros, aunque fuese por distintas razones.

LA PREDICCIÓN (II): CUESTIONES TÁCTICAS

Es bien sabido que cuando una predicción se refiere al comportamiento de actores sociales, su conocimiento puede modificar dicho comportamiento y,

⁶ Estos institutos publicaron sondeos en diversos medios (Colpisa, *Ya*, etc.) durante la campaña y, en particular, el domingo 25 de febrero.

con ello, poner en riesgo la propia predicción. Cabría decir, llevando este razonamiento al extremo, que una de las condiciones para el éxito de cualquier predicción sería su desconocimiento por los actores implicados y que, por tanto, la publicación de cualquier predicción está condenada a refutarla, pues, una vez tomada en consideración por dichos actores, acabará afectando de un modo u otro su comportamiento.

En las últimas convocatorias electorales se ha producido una abrumadora proliferación de pronósticos electorales que, aunque difieren en la calidad de la información que ofrecen (tratándose, en ocasiones, de simples apuestas dignas de figurar junto al horóscopo), se caracterizan, en la mayoría de los casos, por su riguroso incumplimiento. De lo dicho podríamos deducir que esto no tiene mayor importancia, toda vez que la publicación de un pronóstico limita la probabilidad de su cumplimiento. Ocurre, sin embargo, que la mayoría de estos sondeos se equivocan en una dirección determinada y lo han hecho, además, con pasmosa recurrencia. De tal suerte que, si bien es verdad que la ciencia suele avanzar por la tortuosa senda del ensayo y el error, la demoscopia parece empeñada en enderezar la senda quedándose tan sólo con este último.

Hay, en principio, dos maneras de influir sobre los resultados de un proceso electoral: la primera consiste en estimular o desanimar la participación. En general, cuando se pronostica una situación de alta competencia entre partidos, se estimula la participación, pues los electores tienden a creer que su voto es más decisivo. Por el contrario, cuando se presenta una correlación de fuerzas desiguales, la participación se ve desanimada. Esto se puede comprobar fácilmente al comparar los resultados de las últimas elecciones autonómicas, pues así como las comunidades con resultados más apretados, como Extremadura y La Mancha, registraron récords de participación en este tipo de comicios (cerca del 80%), otras como Asturias o Madrid, donde la participación apenas rebasó el 70%, registraron una distancia muy importante entre PP y PSOE.

Si comparamos estos resultados con los de junio de 1993, la conclusión es clara: allí donde la tasa de participación se mantuvo, como en Extremadura y La Mancha, los resultados fueron parecidos en ambas elecciones. Por el contrario, donde la tasa de participación cayó sensiblemente (en torno a 8 puntos), como en Asturias y Madrid, la brecha se abrió en torno a 12 puntos. No quiero decir con esto que las encuestas sean responsables de los resultados, sino que influyen cada vez más en el proceso de (des)movilización electoral, de manera que situaciones que en los pronósticos aparecen como *empate técnico* tienden a registrar récords de participación.

Los sondeos pueden influir también sobre la intención de voto mediante dos tipos de efecto: el efecto de arrastre (*bandwagon*) y el efecto bumerán o *underdog* (Simon 1987 [1957]). El ejemplo más conocido de efecto de arrastre es la «espiral del silencio» formulada por E. Noelle-Neumann a partir del estudio de elecciones alemanas en los años sesenta y setenta (Noelle-Neumann 1995). Este fenómeno es consecuencia de que uno de los principales partidos, el partido en auge, cuenta con mayor capacidad de movilización y

mayor protagonismo social, lo que es percibido por la opinión pública como signo de que hay un claro favorito. En tal caso, cabe la posibilidad de que los electores indecisos se dejen arrastrar por la corriente dominante de la opinión pública, ampliando la distancia inicialmente prevista en los sondeos con respecto al segundo partido.

Como se recordará, la desdichada peripecia demoscópica que culminó el 3-M de 1996 se había iniciado en las anteriores elecciones generales de 1993, cuando una situación que aparecía en las encuestas como empate técnico acabó resolviéndose a favor del PSOE. La situación de empate era clara en la macroencuesta publicada por *El País* una semana antes de las elecciones. El problema era que más del 40% de los entrevistados seguían todavía refugiados en el NS/NC, lo que dejaba un amplio margen para la incertidumbre, tanto más amplio en la medida en que se confirmasen los pronósticos de participación, que rondaban el 80% en ambas encuestas. Puesto que las estimaciones se estaban haciendo a partir de la intención manifestada por algo menos del 60% de los entrevistados, quedaba aparte un 20% adicional que no se pronunciaba en las encuestas, pero que finalmente acudió a las urnas.

En aquella ocasión, el alto nivel de competición electoral llevó consigo un alto nivel de participación que trastocó las previsiones, pero no fue hasta el vuelco electoral de 1994 cuando se concitaron algunos de los ingredientes típicos en fenómenos de arrastre. Esto fue particularmente claro en las elecciones municipales de 1995, dominadas por la confluencia de una grave crisis política, una opinión pública en estado de catarsis (tras los escándalos de 1994) y una expectativa creciente de victoria del PP. Con estas premisas, cabía la posibilidad de que un electorado socialista progresivamente envejecido y desmoralizado se dejase arrastrar por la corriente dominante de la opinión pública.

El Barómetro de Demoscopia inmediatamente posterior a las elecciones europeas ya advertía que «El PP volvería a ganar en unas generales» (*El País*, 3-7-94). Poco antes de las elecciones municipales, el atentado contra José María Aznar dio lugar a un titular insólito: «El PP sube siete puntos tras el atentado» (*El País*, 23-4-95). En vísperas, este mismo periódico aprovechó el último día hábil de publicación de estimaciones antes del 28-M para hacer saber al electorado que «El PP sacaría 16 puntos al PSOE en unas generales» (22-5-95).

En este clima, *El País* anunció el domingo inmediatamente anterior al 28-M una diferencia de 9 puntos que, como se recordará, se redujo a la mitad el día de las elecciones. Pese a tan abultado error, la presión demoscópica no tardaría en reanudarse. El domingo 9 de julio *El País* abrió su primera página con el siguiente titular: «La expectativa electoral del PP se dispara ante la fuerte caída de los socialistas». El titular de páginas interiores advertía que «El PP aventaja al PSOE en 12 puntos».

Llegado el momento de la verdad (cuando las elecciones del 3-M estaban ya a la vista), Demoscopia rectificó su procedimiento de estimación, según hemos podido comprobar en el apartado anterior, con lo que la distancia entre los principales partidos dejó de ser de dos dígitos para reducirse, en primera

instancia, a 7 puntos (*El País*, 14 de enero de 1996). Pero los inquietantes episodios que rodearon la elaboración de las listas electorales del PSOE permitieron enseguida aumentar esa distancia. Con el titular de primera página «El PP consolida y aumenta su ventaja», *El País* difundía el domingo 11 de febrero una estimación según la cual el PP se colocaba a 9 puntos de ventaja. «Este porcentaje (...) sitúa al PP en una clara ventaja y con posibilidad de alcanzar la mayoría absoluta».

Con los antecedentes expuestos, era inevitable sospechar del carácter *tác-tico* de la estimación: pues, por un lado, presentaba una distancia insalvable entre los principales partidos, lo que resultaba desalentador para los potenciales electores socialistas, en tanto que, por otro, la mayoría absoluta del PP no estaba todavía asegurada, lo que mantenía movilizado el electorado popular.

Por si había dudas, la macroencuesta del domingo inmediatamente anterior al 3-M (que dejaba la situación «al borde de la mayoría absoluta») sólo depa-ró una sorpresa: Demoscopia dejó de publicar los datos brutos, lo que dejaba el camino expedito a cualquier estimación, por aventurada que fuera, sin tener que explicarla. Las explicaciones llegaron, como siempre, *a posteriori*, pero tampoco entonces vinieron acompañadas de los datos realmente recogidos por la encuesta. Eso sí: el director de Demoscopia no dudó en ofrecer a los lectores un *sistema de reanálisis de la información* (sic) que permitía calcar los resultados registrados el 3-M —con lo que no hacía más que poner de relieve el dudoso carácter de la estimación publicada el último día hábil para ello (Wert, *El País*, 5-4-96).

LA PREDICCIÓN (y III): ¿QUIÉN SE EQUIVOCA?

Como ya es habitual en las últimas convocatorias electorales, cada exhibición de virtuosismo demoscópico ha estado seguida de un repertorio de explicaciones más o menos retóricas, que, por lo general, guardan relación con las dos principales dificultades a la hora de estimar el potencial electoral del PSOE: la aparición tardía de electores de *baja intensidad*, que disparan la tasa de participación por encima de las previsiones, y la *falta de expresividad* del electorado socialista (Wert, *El País*, 5-4-96).

Habida cuenta de la rica experiencia registrada entre 1993 y 1995, ambas dificultades hubieran sido más fáciles de solventar si las predicciones hubieran ido acompañadas de un mínimo análisis de la composición del electorado y, en particular, de esa parte del electorado socialista que, por razones de edad o nivel educativo, tropiezan con mayor *dificultad expresiva* cuando se ven enfrentados a la corriente dominante de la opinión pública. Pero estas no parecen haber sido las principales preocupaciones de nuestros expertos, como veremos enseguida.

Durante la pasada legislatura, el diagnóstico de amplios círculos de analistas y comentaristas ha abundado, de manera casi unánime, en el carácter hiper-crítico de aquella situación política, con todas sus secuelas de desafección y malestar. Puestos a identificar las causas, «el malestar se nutre tanto de

ingredientes económicos como de causas políticas (...); de corrupción y de paro, de anomía y de incertidumbre sobre los valores» (Wert, 1996 [1995: 128]).

No se trataba, por tanto, de una crisis cualquiera, sino de un malestar profundo que afectaba a todos los órdenes de la sociedad, agravado si cabe por los estertores de un ciclo político en fase terminal: «además, el malestar político en nuestro país puede guardar alguna relación con las notas específicas que han caracterizado el esquema de distribución del poder en los últimos quince años» (ibidem). Así las cosas, «tal vez esta situación no varíe hasta que no se *pase página*».

Pero aquella situación no estaba exenta de ambigüedades ni contradicciones, tal como se podía deducir del aumento de participación electoral registrado a partir de 1991. «¿Cómo es posible –se preguntaba este mismo autor– que una visión tan negativa de la situación política no alimente forma alguna reconocible de retraimiento electoral o, incluso, parezca estimular una participación mayor?» (ib: 130). La respuesta estaría en la existencia de dos tipos de incentivos: los *incentivos tácticos* y los *incentivos reflexivos* (sic) a la participación, pues, ante una expectativa de alternancia, los primeros operarían sobre quienes esperan la entrada de su partido en el gobierno, en tanto que los segundos operarían sobre quienes temen la salida del suyo. Solo así se explicaría, a los ojos del cualificado analista, que el aumento de la competición política y la consiguiente expectativa de alternancia tuviesen más fuerza que el malestar político y la desafección.

Cabía pensar, en efecto, que la percepción de la crisis política tuviera un efecto movilizador del electorado en apoyo del sistema democrático. En tal caso, la desaprobación de determinadas actuaciones de los partidos no implicaría necesariamente desentendimiento de la situación política, sino todo lo contrario, y su efecto movilizador sería tanto mayor cuanto más extendida estuviera la idea de que quizás el gobierno, pero quizá también la oposición, estuvieran actuando con poco respeto de las reglas de juego.

Pero esto no parecía entrar en los cálculos de los analistas más influyentes. Baste, por nuestra parte, con retener el efecto movilizador del aumento de la competición política. Las elecciones municipales de 1995 habían sido especialmente aleccionadoras a este respecto. Pero si la participación fue inusualmente alta en aquella ocasión (la más alta registrada en elecciones de este tipo: 70%), fue porque no se trataba sólo de unos comicios municipales, sino de unas elecciones *primarias* con la vista puesta en las generales.

«Ahora bien –decíamos entonces–, si el resultado final no fue el previsto, se debe precisamente a que un porcentaje considerable de ciudadanos descontentos con el actual estado de cosas y que, en otro caso, se hubieran abstenido, decidieron finalmente acudir a las urnas en apoyo de un partido socialista que muchos daban por desahuciado. De lo que se puede concluir que el Partido Popular e Izquierda Unida hubieran obtenido mejores resultados de haber limitado el terreno de juego. Porque, una vez desencadenadas las primarias, hubieron de enseñar sus cartas en lo que

hace a política fiscal, laboral y otros asuntos de política nacional, ante lo que aquellos ciudadanos probablemente pensaron que, si de eso se trataba, mejor sería refrenar la pulsión de cambio o aplazarla para otra ocasión» (González, 1995: 40).

La experiencia de las municipales parecía, por tanto, recomendar cautela a la hora de adelantar pronósticos referidos a las generales últimas, especialmente si se empeñaban en dramatizar la distancia entre los dos principales partidos. Desde 1993, las sucesivas experiencias venían advirtiendo de la existencia de dos problemas: la estimación del nivel de participación y la asignación de electores indecisos u *opacos* frecuentemente refugiados en el Ns/Nc. Puesto que una alta proporción de estos últimos se encontraba localizada en el área de influencia del PSOE, los resultados electorales dependían de la medida en que esa parte del electorado optase finalmente por acudir a las urnas.

En la práctica, esto recomendaba disponer de mecanismos para estimar el alcance de la participación y para averiguar la intención de los indecisos u opacos. Un sencillo ejercicio de aproximación al perfil social de los indecisos y opacos había dejado claro, ya en las elecciones municipales de 1995, que su perfil era, por decirlo así, la *sombra* del electorado socialista. En efecto, el grueso de estos electores estaba localizado, sobre todo, en los mismos sectores sociales que han venido prestando un apoyo mayoritario al PSOE en los últimos años: jubilados y cónyuges de trabajadores manuales (González, 1995). No era tan difícil, por tanto, intuir sus preferencias.

Pero este no fue el camino seguido por los institutos de opinión más acreditados, que prefirieron especular a partir de la intención explícita y optaron por anunciar importantes diferencias entre los dos principales partidos. Las rectificaciones llegaron, como siempre, *a posteriori*, cuando era demasiado obvio que el período preelectoral había estado condicionado por un «fenómeno de *espiral de silencio* en torno al votante socialista de más débil identificación (de manera que) nuestro error ha sido no reconocer las posibles consecuencias de este clima de opinión y no modificar nuestro modelo de estimación para asignar indecisos de forma diferente» (Wert, *El País*, 5-4-96).

Aunque no era la primera vez que los sondeos operaban en tal clima de opinión, los analistas todavía pudieron argüir que en otras ocasiones no había alcanzado la intensidad que tuvo a raíz de la inclusión del ex-ministro Barriónuevo en las listas del PSOE: empero —concluía nuestro atribulado autor—, puede que la *violencia moral* impuesta por tal circunstancia hubiera acallado la voz de los electores socialistas «pero no detenido la mano» (Wert, *Claves*, n.º 61: 37). Imagen de indudables resonancias bíblicas cuya interpretación queda al criterio del lector.

Interpretaciones aparte, la cuestión de fondo trasciende una vez más el ámbito de los problemas técnicos, más o menos explicables, con que tropiezan los sondeos. Pues, una vez conocidos los resultados, el problema no está en las predicciones, sino en los resultados mismos, desde el momento en que «decisiones individuales respetabilísimas, libres y hasta sabias pueden crista-

lizar por agregación en fórmulas no necesariamente viables ni positivas» (Wert, *El País*, 8-3-96). No han sido las encuestas, por tanto, quienes se han equivocado... ¡sino los electores!

He ahí la verdadera cara del *mesocentrismo*. Pues no se trata sólo de que estos expertos proyecten los valores y expectativas de su entorno al conjunto de la sociedad, sino que cuando el resto de la sociedad no se ajusta debidamente a ellas no dudan en cambiar el problema de sitio, advirtiendo de paso a la ciudadanía de las lamentables consecuencias del desajuste.

SOBRE LA REFLEXIVIDAD: SONDEOS TÁCTICOS Y VOTO ESTRATÉGICO

Dadas las turbulencias que marcaron la pasada legislatura, una buena parte de los electores estaban sometidos a una extraordinaria tensión, en vísperas del 3-M. Pues, por un lado, el gobierno socialista se mostraba débil y falto de iniciativa ante los problemas acumulados desde 1992. En tanto que, por otro, la alternativa del PP era incapaz de generar confianza.

La situación planteaba a estos electores un dilema que un acreditado analista formuló en los siguientes términos: «al igual que en el referéndum de la OTAN los españoles queríamos permanecer dentro de la organización pero con nuestro voto en contra, ahora los españoles queremos que pierda el PSOE pero con nuestro voto a favor» (Lamo, *El País*, 5-2-96).

Se trataba de una situación típica de *doble vínculo*, cuya solución iba a depender en gran medida de las expectativas acerca del desenlace más probable. Pues cabía la posibilidad de que la correlación de fuerzas se percibiera como equilibrada, en cuyo caso se imponía la premisa de partida: «queremos que pierda el PSOE». Pero cabía también la posibilidad de que la percepción fuera favorable al PP, en cuyo caso aparecía un segundo dilema que este mismo autor formulaba así:

«Una cosa es huir del PSOE y otra caer en manos del PP. Y menos cuando no sabemos si éste es de centro (como dice ser) o de derechas (como es en gran medida). Con lo que emerge la pregunta...: ¿cuál es el resultado electoral que puede ayudar al PP a continuar su aproximación al centro? La respuesta es inmediata: no dándole la mayoría absoluta...» «Los españoles —concluía Lamo— debemos rizar el rizo el día 3. Debemos conseguir que pierda el PSOE pero sin que el PP acabe de ganar. Debemos conseguir que éste obtenga una mayoría de gobierno, pero no una mayoría absoluta.»

He aquí el verdadero meollo de la cuestión, especialmente para esa parte del electorado que, como ya adelantamos, no era partidaria de mayorías absolutas. Este segundo dilema abocaba también a una disyuntiva, pues en caso de que la mayoría relativa fuera el escenario más probable (dando satisfacción a sus deseos), dichos electores podían afirmarse en la premisa de partida: «queremos que pierda el PSOE». Ahora bien, este no era el escenario más probable a la

vista de las encuestas, que estaban anunciado en torno a nueve puntos de ventaja entre el PP y el PSOE, lo que equivale, en la práctica, a una mayoría absoluta⁷. Cabía, por tanto, la posibilidad de que, ante una expectativa de victoria aplastante del Partido Popular, estos mismos electores diesen por cumplida la primera parte del dilema («queremos que pierda el PSOE...») y se fijasen en la segunda: «...pero no que gane el PP (al menos, no de esta manera)».

En un apartado anterior, hemos recordado que una de las dificultades principales de la predicción radica justamente en los efectos de la publicación de pronósticos sobre los propios actores que son objeto de predicción, para señalar que la publicación de una predicción puede ser una amenaza para su correcto cumplimiento. Cabe, sin embargo, la posibilidad de la profecía autocumplida, en caso de que los actores afectados acomoden su comportamiento a la predicción. De lo que se deduce que si una predicción tiene verdaderamente la pretensión de cumplirse (y no la de ser tan sólo una foto fija) debe incluir en sus cálculos las eventuales consecuencias de su propia publicación.

En un artículo ya clásico, Herbert Simon (1957) formuló los posibles efectos de la publicación de sondeos electorales, a los que ya hemos hecho referencia: arrastre y bumerán (*bandwagon* y *underdog*). El autor trataba así de probar que, *en principio*, es posible hacer predicciones ajustadas a los hechos, en contra de las alegaciones frecuentes sobre la imposibilidad de predecir con precisión el comportamiento social. Sin embargo, el artículo eludía la especificación de las condiciones en que tales efectos se producen (Simon, 1987 [1957]: 85).

En nuestro caso, las condiciones vienen dadas, en primer lugar, por los dilemas planteados más arriba. De acuerdo con ello, la decisión electoral estaba condicionada por el doble deseo de *pasar página* pero sin que ello significase un cheque en blanco para un partido falto de confianza. Hay que tener en cuenta que este dilema operaba en un clima de opinión dominado por una espiral de silencio de tal magnitud que la gran mayoría del electorado estaba convencida de la victoria inexorable del PP incluso cuando éste no fuera el partido más deseado, tal como puede observarse en la figura 1⁸.

Este gráfico nos informa de la evolución de dos variables durante el período preelectoral: la preferencia de partido ganador («¿quién le gustaría que ganara?») y la *expectativa* («¿quién cree que va a ganar?»). La serie toma como punto de partida un sondeo realizado a la vuelta de las vacaciones navideñas, en un momento en que el PSOE se beneficiaba de los éxitos de la cumbre europea de diciembre y de la decisión final sobre las candidaturas de Felipe González y Javier Solana. Según el sondeo, el PSOE aventajaba al PP en

⁷ Hay que tener en cuenta que diferencias en torno a seis puntos hubieran dado lugar a 40 diputados de diferencia entre ambos partidos, colocando al PP en una situación de práctica mayoría absoluta.

⁸ Los datos de esta figura y la siguiente proceden de sondeos realizados por las empresas Metra-Seis y Eco-Consulting para el Departamento Electoral y de Comunicación (DECO) del PSOE. Agradezco a Julián Santamaría, director del DECO, las facilidades que me ha dado para la explotación de los datos.

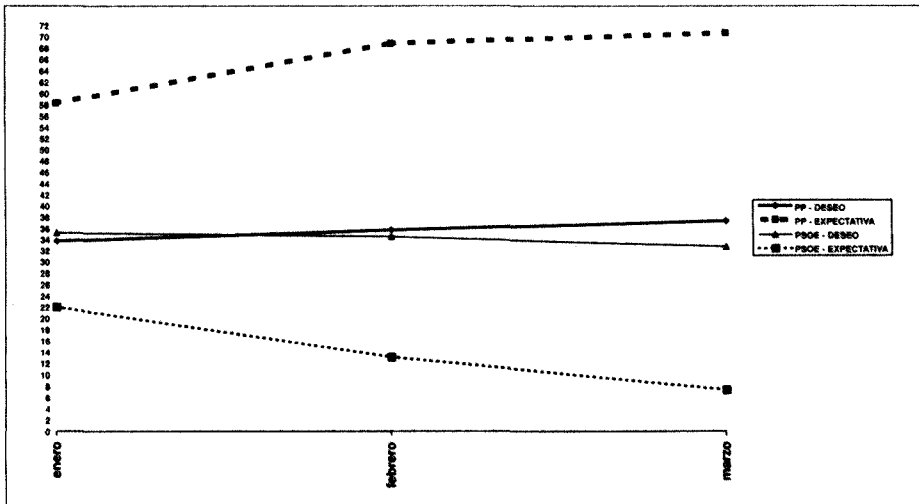


Figura 1. Evolución del deseo y de la expectativa de victoria del PSOE y del PP.

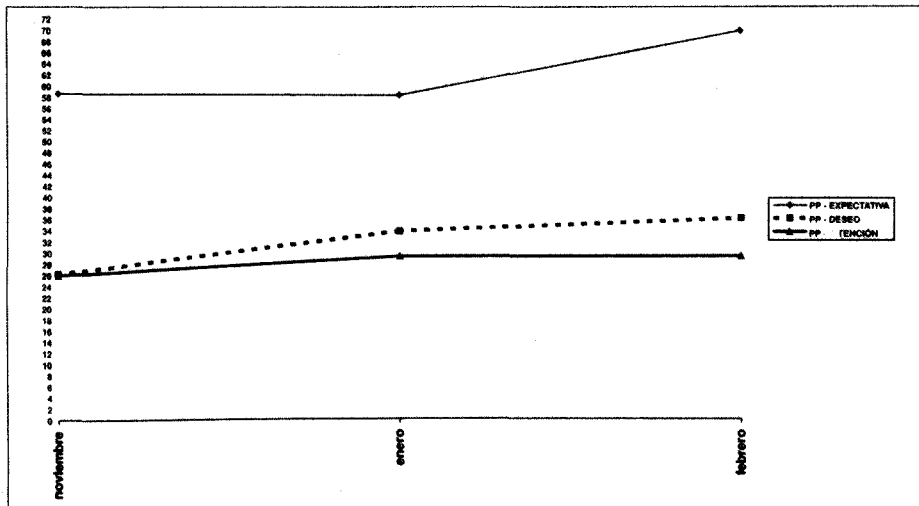


Figura 2. Evolución de la intención de voto, el deseo y la expectativa de victoria del PP.

preferencia de partido ganador (*deseo*, en el gráfico), pero una gran mayoría de electores (58%) estaba ya convencida de la victoria del PP.

La resaca de los anteriores comicios europeos y municipales había puestas en marcha una espiral imparable. A partir de ese momento, la publicación de pronósticos no hizo sino alimentar la espiral hasta las mismas vísperas del 3-M (punto final de la serie), momento en que los que esperaban una victoria socialista no llegaban al 10%, frente a más de un 70% que se habían convencido de lo contrario.

Ahora bien, esta evolución apenas modifica la intención de voto a partir de enero. Tomando como punto de partida un sondeo realizado en noviembre (véase la figura 2), podemos observar que el aumento de preferencia a favor del PP (*deseo*) iba acompañado hasta final de año por un ligero aumento de la intención de voto. A partir de enero, en cambio, las tres variables contempladas en el gráfico funcionan con relativa independencia: mientras la *expectativa* se dispara, el crecimiento del *deseo* se ralentiza y la *intención de voto* se estanca. El aumento vertiginoso de la expectativa de victoria estaba influyendo poco sobre el deseo y nada sobre la intención.

Es claro, por tanto, que el PP había tocado techo electoral y que no se estaban produciendo efectos de arrastre. Analistas y demóscopos erraron sus apreciaciones en este punto: «a medida que avanza la campaña y madura la conducta electoral –afirmaba Emilio Lamo a un mes de las elecciones– desciende el voto del PSOE y asciende relativamente el del PP»⁹. De hecho, ocurrió exactamente lo contrario, de manera que, así como el voto del PP era ya perfectamente contabilizable, el voto socialista dependía de la participación, con lo que esta se convertía, una vez más, en el verdadero enigma de los pronósticos.

¿Cuáles eran entonces los posibles efectos de la publicación de los sondeos en la resolución del consabido dilema: *pasar página* sin conceder mayoría absoluta al PP? Con estas premisas, el anuncio de un escenario de mayoría absoluta podía desanimar el apoyo al PP¹⁰. A la inversa, la mejor manera de incentivar este apoyo hubiera sido el anuncio de un escenario de equilibrio de fuerzas. De lo que se pueden deducir, al menos, dos cosas: que el pronóstico de más probable cumplimiento hubiera sido una mayoría relativa similar a la registrada en las anteriores elecciones generales de 1993 pero favorable esta vez al PP. Y que los sondeos acudieron en auxilio del PSOE, aún en contra de su voluntad.

No quiero decir con esto que las encuestas, por sí solas, salvaran al PSOE *in extremis*, sino tan sólo que es más fácil seguir apoyando a un partido poco merecedor de tal apoyo cuando el castigo se da por descontado¹¹. (Una buena lección para quienes lanzaron sondeos *tácticos* y se encontraron con electores *estratégicos*.)

⁹ El problema era, también en este caso, algo más que técnico. Al final de su espléndido artículo sobre los «dilemas electorales», Lamo concluía: «¿La solución al enigma?: alrededor de 170 diputados para el PP sería un excelente resultado. Más de 175 es demasiado; menos de 165 es muy poco. De momento, las encuestas parecen decir hegelianamente que lo racional puede ser también real».

¹⁰ De ahí el acierto de Felipe González al dirigir sus ataques contra las encuestas (*El País*, 25-2-96). Pues, al desplazar el objetivo de sus críticas (*ganar a las encuestas*), aceptaba implícitamente la primera parte del dilema (*pasar página*), poniendo el énfasis sobre la segunda y movilizando a los indecisos contra la mayoría absoluta anunciada por los sondeos.

¹¹ *El País* de 9 de marzo publicaba una carta de Castilla del Pino en la que hacía las siguientes consideraciones: «Voté al PSOE, no como otras veces (...), sino a conciencia de que *merecía perder*. No voté, sin embargo, para que perdiera, de modo que, como otros que conozco, estaba en conflicto conmigo mismo (...) Al ganar el PP, mi disgusto ha sido mayúsculo, mitigado de inmediato por lo exiguo de su éxito. Pero si no hubiese perdido el partido al que voté, mi disgusto me hubiera sumido en una irritación conmigo mismo.»

BIBLIOGRAFÍA

- DE LA CRUZ, R. (1995): «Examen del voto rural en España, 1977-1989», manuscrito.
- GONZÁLEZ, J. J. (1995): «Paisaje después de unas primarias», *Leviatán* 60: 35-46.
- GONZÁLEZ, J. J. (1996): «Clases, ciudadanos y clases de ciudadanos. El ciclo electoral del pos-socialismo (1986-1994)», *REIS* 74: 45-76.
- LEGUINA, J. (1986): «La evolución del voto 1982-1986. España y Madrid», *Sistema* 75: 113-125.
- NOELLE-NEUMANN, E. (1995): *La espiral del silencio*, Paidós.
- PÉREZ DÍAZ, V. (1996): *España puesta a prueba 1976-1996*, Alianza Actualidad.
- RUIZ FUENTES, R. (1983): «Estimación de voto y comportamiento real de los electores» (ponencia), *Sondeos electorales y problemas de predicción*, CIS.
- SIMON, H. (1987) [1957]: «Bandwagon and Underdog Effects of Election Predictions», en *Models of Man*, John Wiley and Sons, pp. 79-87.
- WERT, J. I. (1996) [1995]: «Sobre cultura política: legitimidad, desafección y malestar», en Lamo, Tusell y Pardo (eds): *España entre dos siglos. Reflexiones sobre la democracia española*, Alianza Universidad, pp. 113-151.
- WERT, J. I. (1996): «Las elecciones legislativas del 3-M. Paisaje después de la batalla», *Claves* 61: 36-44.